

## Aspectos metodológicos de la historia regional

**Orlando Fals Borda**

Instituto de Estudios Políticos  
Universidad Nacional de Colombia

Colegas:

No saben ustedes cuan complacido estoy porque se esté estudiando con tanta seriedad el tema de la región, en nuestro país y en Venezuela, ya que no solamente colma un área del saber hasta hace poco desconocida, sino que es además un reconocimiento de la importancia geopolítica que tiene el tema. Practicamente no hay región del mundo donde los gobiernos no hayan empezado procesos de descentralización o autonomías territoriales. Donde quiera que se ha ignorado u olvidado la importancia de esta cuestión de la región, de la autonomía y de la descentralización, han ocurrido o están ocurriendo graves conflictos sociales y políticos. La prensa trae diariamente noticias europeas, asiáticas, americanas y australianas relacionadas con la resistencia de las gentes locales contra las políticas autoritarias centralistas, inspiradas en este invento del siglo XVI: el Estado-nación. Esta invención demoníaca ha sido la fuente de casi todas las guerras modernas y contemporáneas, la madre de las imposiciones de arriba a abajo y del centro a la periferia, de todas las políticas que han intentado reprimir las expresiones populares de las localidades y las regiones. Cuatro centurias han resistido las culturas regionales y locales, hasta resurgir en nuestros días como fuerza desestructurante del Estado-nación. En España han resucitado, después de la muerte de Franco, las autonomías históricas (Cataluña, el país vasco, Andalucía, etc). En Italia y en Bélgica pasa algo parecido, hasta en Francia, origen de ese artificio que adoptamos en 1886, el departamento. Tan artificial es el departamento, que en Francia ya se le puso por encima, y combinándolo, a la región. Si se analiza lo que está ocurriendo en la Unión Soviética no puede menos que recordar lo que se nos decía en las clases de marxismo respecto al hecho de que Stalin había resuelto "el problema de las nacionalidades". Lo que realmente pasó allí fue que la "Pax Soviética" obnubiló las comunidades culturales, religiosas, etc., hasta producir millones de muertos; para resultar finalmente en un movimiento amplio, desde Uzbekistán hasta el Asia, en pro de las autonomías regionales. Los indígenas del Canadá salen hoy por las calles de Ottawa a pelear por sus derechos. En la Asamblea Nacional Constituyente de nuestro país vimos a los indios abogando por plenos derechos sobre sus territorios y resguardos. En el Perú, en Costa Rica y, en fin, donde quiera que se mire, el asunto de la región es de la mayor importancia, no

solo desde una perspectiva académica y por mera curiosidad científica, sino desde las consecuencias prácticas que tiene para la vida y para la organización de la sociedad, para la defensa de las diferencias y las diversidades que intentaron aplastar los proyectos unitarios y homogenizadores.

La comisión segunda de la Asamblea Nacional Constituyente, a la cual tengo el honor de pertenecer, estableció que la región era uno de los temas centrales del estudio del reordenamiento territorial del país. Allí trataremos de introducir en la nueva constitución nacional el reconocimiento de que este es un país de regiones, con las consecuencias directas que ello tiene en el manejo de la cosa pública y en la redefinición del Estado-nación como un Estado de regiones.

En esta ponencia quiero enfatizar los aspectos metodológicos de esa búsqueda de descripción y explicación que es la historia regional, expuestos desde la experiencia que he logrado acumular gracias a la generosidad y colaboración de muchos colegas, para que continúe solidificándose esta disciplina que interesa no sólo a académicos sino también a todos los pueblos.

En primer lugar, quisiera enfatizar la diferencia establecida entre historia regional e historia elitista (formal). Hace unos 15 años, la regla del oficio de historiador regional era la formalidad y el apoyo documental, claramente mantenida por las Academias de Historia (Mompóx, Antioquia, etc.) y la Academia Nacional. Las genealogías imperantes cultivaban el elitismo del enfoque académico y reforzaban el monopolio sobre la interpretación histórica donde sólo aparecían las vidas ejemplares de los blancos y casi nada de historia regional. La búsqueda de alternativas a esa visión formal y limitada nos permitió encontrar nuevas vías de aproximación a las bases populares, con lo cual establecimos una nueva regla para hacer historia regional. La verdadera clase de esta historia se enraiza en los hechos y las cosas, en los héroes populares, en las expresiones folclóricas propias que le dan su sabor peculiar y su riqueza. Quienes nos movemos en el mundo académico debemos encontrar formas de llegar a ese tesoro popular, para que trascienda a la corriente historiográfica universal.

Hay algunas formas de trabajo que contrastan la historia regional respecto de la historia elitista. La primera, por supuesto, es la apelación a la fuente

oral. La tradición oral incluye por lo menos dos elementos: una memoria colectiva y una identidad cultural popular. Esta tradición oral que se transmite de una generación a otra tiene unos actores que transmiten esa tradición: los ancianos. Los ancianos de las localidades que han conservado su lucidez extraordinaria, su memoria y su capacidad para contar historias. En esto los costeños tenemos ciertas ventajas sobre otros grupos regionales del país, aunque seguramente se encontrarán ancianos sumamente comunicativos entre los cachacos, pero en la Costa Atlántica existe una riqueza increíble de ellos. Son como enciclopedias ambulantes que con cualquier estímulo se desbordan en relatos, quizás porque en sus propias comunidades han sido olvidados, despreciados, relegados en su casa. Hay que saber llegarles con absoluto respeto, admiración y amor; con una técnica de entrevista abierta, para que sus almas se descarguen de viejas represiones.

Cuando se estudia un documento apenas se participa en un monólogo, o acaso en un diálogo con un ente pasivo. En cambio, cuando se oye un anciano se participa en un diálogo muy vivo, activo y rico.

En cuanto a los archivos, hay que saber utilizarlos al máximo, no solo los del país, sino los del exterior. Solo que en las regiones existen los archivos de baúl. Estos los he llamado así porque se encuentran en un baúl debajo de la cama de una vivienda humilde, del cual pueden extraerse fotos de 1920, cartas de amor o de desamor, escrituras públicas, recuerdos, flores marchitas, etc., es decir, testimonios de una época ida que nunca podría encontrarse en los archivos públicos. De estos baúles sale la auténtica historia local, la existencia de los anti-héroes que nunca aparecerán en los libros de historia escritos por Eduardo Lemaitre o por Erazo, los soldados descalzos y los luchadores de causas populares que nunca aparecieron en la historia de Henao y Arrubla. Aparecen figuras como Vicente Adama, totalmente desconocidas. ¿Quién sabía en este país de Vicente Adama?. Este personaje fue uno de los fundadores del socialismo en Colombia, un inmigrante italiano, anarcosindicalista, quien desde Cartagena llegó a Montería para organizar a los trabajadores de la región, por allá en 1916 o 1918. Ni siquiera el Partido Comunista Colombiano conocía los detalles de la existencia de este hombre.

¿De dónde salió la información?. Pues de un archivo de baúl de una vieja luchadora popular monteriana, doña Juana Julia Guzmán, quien había guardado el

único retrato existente de Adama. Ella tenía 85 años cuando la conocí, y de su archivo de baúl salieron las pruebas documentales y las tradiciones orales que permitieron reconstruir las luchas por la tierra, por el trabajo y por la justicia en el Sinú, corrigiendo así la historia oficial de los partidos socialistas y comunistas colombianos.

En segundo lugar, la historia regional interesante es aquella que desborda el campo puramente académico y se compromete con el cambio social, político y económico de los pueblos. El historiador regional tiene que preguntarse: ¿Para qué estoy haciendo historia regional?. ¿Qué objetivos tengo?. ¿Es simplemente una acumulación científica de conocimientos?. ¿Es simplemente porque quiero sacar un título?. No niego que esta razón no sea importante, pero creo que para que se produzca una historia regional interesante y pertinente para las necesidades contemporáneas del país, el historiador debe estar comprometido con el cambio. Ese compromiso es parte, en mi opinión, de la calidad y la importancia del historiador.

El efecto de este compromiso es que la prosa debe repensarse y reescribirse para su asimilación por las gentes comunes, libre del tecnicismo farragoso, y en cambio abierta a los tropos, los símiles y la imaginación de los campesinos costeños. Hay que establecer canales de comunicación con las masas, pues ellas son los verdaderos actores de la historia. Hay que facilitarles a ellas los instrumentos intelectuales para que resistan la opresión y la explotación, para que desde su tradición de lucha continúen su esfuerzo transformador de la sociedad. Sin esa conciencia de la necesidad de comunicación con los campesinos yo no hubiera podido diseñar la "Historia doble de la Costa".

Eduardo Galeano decía que él nunca había leído un libro así diseñado, donde tenía que saltar de un lado a otro, porque tiene dos canales. Algunos de mis enemigos dicen que es un libro estereofónico, y creo que tienen razón: por un lado encontramos el relato sencillo, descriptivo, para el goce; y por el otro lado el relato seco y torvo de la sociología. Supuestamente, el segundo lado es la interpretación teórica del primero, pero en realidad en ambos se da simultáneamente interpretación y relato. De ese modo, quien quiera sacarle el jugo a la "Historia doble de la Costa" tiene que combinar las lecturas de los dos lados. Uno de mis críticos, el historiador Charles Berquist, me sugirió eliminar el primer lado del

libro, dado que el segundo era el lado documentado. Yo no lo creo así, porque espero que mi libro sirva de herramienta para las luchas populares y no solo para la lectura de los académicos. Los campesinos se reconocen en esta historia y se forman como cuadros políticos gracias a la conceptualización que les ofrece el otro lado del libro. En términos gramscianos, esto es pasar del sentido común popular al buen sentido, en el sentido político de la transformación social. Un cuadro campesino que hiciera este tránsito lograría una formación fundamental.

Esta decisión metodológica del historiador le obligará no solamente a reencontrar el trabajo de campo, sino además a diseñar nuevos libros.

En tercer lugar, esta técnica se vincula hoy al método general llamado "Investigación Acción Participativa" (IAP), algo que ya se puso de moda y que las universidades comienzan a aceptar. Las cuatro formas de trabajo del método IAP son:

1- El reconocimiento de que el conocimiento puede adquirirse no sólo a través del esfuerzo personal o individual, sino también colectivo. Esta es la colectivización del conocimiento y la colectivización de la experiencia investigativa, el reconocimiento de que trabajando con grupos sobre el terreno se obtienen datos que no sería posible conseguirlos de manera individual, y se produce un mecanismo de corrección de los datos que no es posible conseguir de otra forma. De este modo, la información así obtenida resulta ser más completa, más seria, más firme, que si se consiguiera en forma de una encuesta. Probablemente a ustedes alguna vez los han encuestado, y por eso ya saben como se contesta, de una u otra forma, con mentiras.

En cambio, cuando se trabaja con un grupo, cada miembro ratifica o desmiente la versión de su vecino, y el investigador va redondeando un cuadro más completo y adecuado.

2- La historia colectiva debe ser recuperada como en el caso de doña Juana Julia Guzmán, donde su archivo de baúl y su memoria permitieron recuperar la historia de Vicente Aldama. La gente recupera el pasado con fines diferentes, a veces con el fin de glorificar un pasado familiar de sangre azul, pero es muy poca la recuperación histórica que tiene que ver con las luchas populares, la cual sirve para reanimarlas en el presente. Existe una especie de selección de elementos del pasado que permiten ani-

mar el presente. El pasado se recupera y vive de nuevo en el presente. Esta es la recuperación histórica que nos interesa a quienes nos hemos situado en la perspectiva de la cultura popular.

3- La valorización de la cultura popular, el folclor, la música, las danzas, las tradiciones, los cuentos y todo aquello que los académicos desprecian, en esta perspectiva de la IAP se considera fundamental. El concepto de vivencia es central en este método, pues no se trata solamente de describir una danza sino de danzar, no solamente de describir el juego de tejo, sino de jugar tejo. El investigador tiene que tener la vivencia de estos hechos, pues la evidencia es fundamental para alcanzar una historia viva.

4- La participación de las gentes en el resultado es algo fundamental. Pero no me refiero solo a la escritura del texto, sino a las formas más masivas de comunicación (televisión, videocintas, seminarios) que permiten al investigador devolver el relato elaborado a las personas que les dieron los datos. Esta es una obligación moral con las fuentes vivas, es decir asegurarse que el resultado de la investigación llega a los actores y sea conocido, pues así nos aseguramos de que fue entendido y de que será corregido. Mantener el respeto por las masas es una actitud ética que reconoce el hecho de que sin ellos no existiría la historia formal, ni la universidad, ni la ciencia.

Una de las cosas importantes que se logran detectar con el esfuerzo de la "Historia doble de la Costa" es que en este tipo de trabajos es más importante la interpretación que la clasificación. Recordando que hay dos clases de ciencias, las nemotéticas (clasificadoras) y las hermenéuticas (interpretativas), sabemos que las ciencias sociales pertenecen a este último grupo y por tanto se encuentran sujetas a un

proceso de permanente reinterpretación de sus objetivos, hasta el infinito. Las mismas fuentes y materiales, lo escrito hoy seriamente, será reinterpretado en una o dos décadas. No importa, pero este fenómeno asusta a los académicos nacionales, quienes acusan a esta forma de hacer historia del delito de destruir la "tradición científica", cuando en realidad lo que ha hecho no es más que enriquecerla y ponerla en términos más realistas, ya que reconoce el hecho de que cada época tiene su propio enfoque valorativo. Sabemos que no es posible juzgar los hechos históricos con el ojo del siglo XVIII, o del XXI, es decir, que no puede haber una historia final.

¿Qué problema hay en esto?. ¿Hay acaso virtud en una historia que quedará petrificada en un estante?. ¿No es acaso la historia viva lo que nos interesa?. La historia se hace conviviendo con otros actores y experimentándola existencialmente nosotros mismos. Esta libertad interpretativa que adquirimos de la hermenéutica para la escritura de la historia regional, en mi opinión, es lo que hace de ella una experiencia de gozo y de alegría, de creatividad, de reto intelectual, lo que nos sitúa en un plano de responsabilidad ante nosotros mismos y ante nuestros pueblos y justifica plenamente nuestro trabajo.

La búsqueda de ese equilibrio entre lo hermenéutico y lo nemotético puede ser plena. Con este reto los dejo, porque es el reto de lo que nunca se resuelve. Por eso me place tanto que estas ideas, estas historias regionales, hayan fructificado y prosperado, ampliándose, como lo prueba la presencia de ustedes en este importante simposio. Escuchar de Adolfo Meisel ese informe del extraordinario desarrollo de la historia de la Costa en sólo dos años me muestra que ya he sido desbordado por el trabajo de los colegas. Eso es algo maravilloso. Los felicito y espero que sigan así, sin desánimo, con paciencia y un palito.